

LA MADRE DE FAMILIA,

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

JUNIO—NÚM. 15 REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V.—1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

La madre, por María de la Concepción Jimeno.—Pobreza y felicidad, por María del Pilar Sinués.—El Jilguero, poesía por Melchor de Palsu.—Ofrenda á la Virgen, por R. P.—El traje de cola, poesía, por Teodoro Guerrero.

LA MADRE.

¡Madre! nombre bendito, tierno cual el suspiro del aura, dulce como la felicidad; nombre que llevamos escrito con caracteres indelebles, nombre que no disipa la distancia, que no se pierde en la ventura, que no desaparece en medio de las mas fuertes conmociones, hijas del dolor ó del placer. ¡Madre! Palabra mágica, cuyo eco penetra en todos los corazones; palabra que encierra un poema de ternura, sacrificios y amor.

Por eso se ha dicho con tanta verdad como elocuencia: «Nada hay en el mundo superior á una mujer como no sea una madre».

La madre es el faro que nos ilumina en las densas nubulosidades de la vida.

La madre es el eslabon primero de esa interminable cadena llamada sociedad: el ángel que vela nuestros sueños infantiles, la que recoge nuestro primer aliento, la que recoge nuestro primer suspiro y la que imprime el primer beso de amor en nuestra frente.

La madre es una brillante perla que se alza sobre el inmundo lodazal de la vida; es un néctar delicioso, una esencia que nos endulza y perfuma el cáliz del dolor.

La madre cifra toda su dicha en la ventura de sus hijos: la madre corre un tupido velo sobre su pasado, se olvida de su presente y no tiene otro porvenir que el de sus hijos con los cuales rie si gozan y padece dolores acerbos si los sufren ellos.

La madre no tiene otro febril deseo, que el placer y la gloria de sus hijos. Ella ejerce dignamente su augusto sacerdocio, ella desde el momento en que enseña á su hijo á balbucear el nombre de su padre procura introducir en su corazón la semilla del bien y la virtud. El corazón de una madre es la pira inextinguible del amor, el manantial de los sentimientos elevados, el raudal de la ternura, el foco de las grandes ideas.

¡Sacrificio y abnegación! ¡He aquí sintetizada la historia de la buena madre!

La madre espresa el ideal del amor divino descendido al corazón de la mujer. Toda la poesía del hogar está reconcentrada en la madre.

El alma de la madre es una égloga, su corazon un idilio, su mirada un poema, su palabra una balada de amor.

Cuan dulces son los acentos de una madre cuando estos salen de su alma! lira hermosa que parece pulsada por ángeles y serafines. Al lado de una madre virtuosa se aspira un ambiente de pureza y santidad, célico y suave cual el perfume de la mas arrobadora ilusion. La madre es nuestro génio tutelar, nuestro mentor y el ángel que ciérne sus invisibles alas sobre nuestras frentes: La madre es un oasis en los desiertos de la vida.

El aturdido despreocupado, el indiferente y el libertino, sienten redoblar el latido de sus corazones al recordar el nombre de la mujer que les dió el ser.

La madre es en la tierra una enviada, una mensajera del paraíso para llevarnos á él. La madre es la gran influencia del Universo, por que sobre sus rodillas se forma la sociedad. Las épocas en que mas génios han florecido, han sido las épocas en que han brillado mejores madres: No há muchos dias me decia un hombre muy distinguido y de clara inteligencia: «Mis sentimientos nobles, la pureza de mis ideas, la inmaculada inocencia de mi corazon y mi caballerosidad, la debo á mi madre, á mi madre que me inoculó las ideas de lo bello, que es lo bueno, á mi madre que me perfeccionó con su delicado cincel.

El recuerdo de mi madre embalsama constantemente mi alma y no soy capaz de cometer una accion mala por que me arrullan siempre sus palabras.»

He referido esto porque las frases de un hombre honrado debieran grabarse en oro en el templo de la inmortalidad.

Las lágrimas que asomaban á los ojos de mi buen amigo al hablar de su madre con tierno éxtasis, eran perlas desprendidas de la diadema de su alma. ¡Madres: el cetro del mundo os pertenece: Vuestro porvenir aparece radiante y esplendoroso, iluminando el panorama devuestras prerrogativas riente y nacarado. Ya que las modernas sociedades han sacado á la mujer de su abyeccion, del polvo en que yacia para erigirle un suntuoso y elevado pedestal, corresponded á la dignidad de los principios proclamados en esta Era culta y civilizadora.

La mujer está destinada á ser la gran figura de la humanidad: ¡madre! Y para educar la mujer el alma de su hijo para desenvolver en su corazon los sentimientos elevados, debe conocer la de justicia á que todas las cosas deben estar encadenadas.

La importancia de la mujer en la vida moral y física, es grande, inmensa. incommensurable.

Dice Scriver: «Honrad las mujeres, ellas cubren de rosas celestes el camino de nuestra vida; ellas forman los nudos afortunados de amor, y bajo el púdico velo de las gracias, alimentan la flor inmortal de los buenos sentimientos.

La gran idea que hoy debe agitar á la humanidad es educar á la mujer para madre, porque la mujer necesita cultivar el alma de su hijo, desenvolviendo en su corazon los sentimientos puros y generosos, y la madre no podrá inspirar la virtud y el heroismo, si no ha recibido una educacion levantada.

Daniel Stern dice: «Los deberes de la maternidad son compatibles con las grandes ideas, mientras que no podrian amalgamarse con los pensamientos frívolos. Una mujer en el momento que lacta á su hijo puede soñar con Platon y meditar con Descartes; y por eso bueno será su humor, y no se alterarán las cualidades de su leche; pero la que se adorna, se acicala, vela, baila, intriga; se irritará, se marchitará su seno, y el hijo sufrirá. ¿Por qué, pues los hombres rechazan tan duramente á la mujer filósofa, y sufren con tanta complacencia á la coqueta?»

«El porvenir de una criatura es casi siempre obra de su madre,» decia Napoleon I, y este aserto es muy verídico, porque las ideas que la madre inculca al niño son las que vierte el hombre en la plaza pública.

Despues de afirmar el tiernísimo Lamartine que debe su génio á su madre, dice: La mirada de nuestra madre es una parte de su alma, que penetra en nosotros por nuestros propios ojo. Mi alegría ha dependido siempre de los ojos de mi madre, de su dulce y angelical sonrisa. Nada le ha sido mas fácil que mi educacion: llevaba las riendas de mi corazon en el suyo. Ella no pedia mas que bondad y yo era bueno sin ninguna violencia, porque me inspiraba la idea de lo bueno hasta el heroísmo. Como mi alma no respiraba mas que bondad no podia producir otra cosa. Mi pensamiento siempre en comunicacion con mi madre, puede decirse que se desenvolvía en el suyo.

El sistema de mi madre para conmigo no era un arté, era un amor.»

¡Cuanta ternura revelan las anteriores frases! No es extraño que Lamartine fuera tan grande, modelado por una mujer sublime.

La dicha de las futuras generaciones debe esperarse de la mujer: la mujer está llamada á enarbolar la bandera del progreso. La mujer ha de trasformar la faz moral del Universo, porque la educacion que ella dé á sus hijos no ha de te-

ner por objeto (como hasta hoy) reproducir indefinidamente en las generaciones futuras los errores de las generaciones pasadas alimentando necias preocupaciones, vulgares trivialidades, debilidades pueriles y ridículos absurdos.

El ideal de todo lo grande, no debe buscarse en el pasado sino en el porvenir.

La mujer debe desenvolver á su hijo la razon dejándole la conciencia.

Es preciso conceder libertad para matar la hipocresía.

El espíritu no debe llevar nunca antifáz.

¡No obligueis á un niño á que mienta si no quereis hacerlo ruin!

Haced que se practique el bien, no por temor, sino por placer, y obtendreis mejores resultados: pues si despertais la idea de hacer el bien por recibir otro mayor, haceis nacer la semilla del egoismo y ésta dá siempre nocivos frutos.

No hay mision mas elevada para una mujer, que la de madre, si la llena cumplidamente. La aureola de la maternidad es su mejor diadema.

No existe vejez para la buena madre: deja de ser bella sin pesar, al ver que su hija comienza á serlo; la abnegacion de su amor le ofrece mas goces por los triunfos de su hija que por los suyos.

Una mujer coqueta deja de serlo al estrechar en sus brazos al ser que vive de su vida: se desprende de cuanto tiene relacion consigo misma y no piensa mas que en adornar al ángel que llena completamente su alma.

¡Cuan conmovedor es ver en la India á una madre con su hijo exánime en los brazos queriendo embellecer la muerte y prodigándole tantos cuidados como á la vida!

Las mujeres de esos paises, cuando ven á sus hijos helados por el soplo de la muerte, eligen un arce cubierto de flores encarnadas y festoneado de guirnalda de opio que exhalan suave fragancia entrelazan las ramas y forman una cama flotante, en la cual colocan con delicadeza los despojos queridos de la inocencia.

En estas aéreas y fantásticas tumbas, penetrados los cuerpos de las sustancias etéreas, sepultados entre espesas hojas y olorosas flores, refrescadas por el rocío y embalsamadas por brisas perfumadas se ven columpiados por los vientecillos, los restos infantiles, tal vez en las mismas ramas en que el ruiseñor ha hecho oír su doliente melodía ó donde ha colgado su nido la paloma.

¡Que tiernas y poética son estas costumbres indianas! Felices las buenas madres! Un hombre célebre paseaba una tarde con una dama en la elegante carretela de esta, y manifestó á la distinguida señora su deseo de visitar el ce-

menterio en su compañía: la señora fina y complaciente accedió á esta petición. Llegaron á la tranquila morada de los muertos se apearon del carruaje, recorrieron las mas soberbias galerías, donde se hacia insultante alarde de la opulencia, y concluyeron su fúnebre gira en una sombría placeta de cipreses: en el mas oscuro rincon de esta se alzaba una modesta lápida blanca, casi cubierta de piedra. La curiosidad le hizo separar á la dama las hojas que cubrian una negra inscripcion, y al leerla quedó grave y pensativa, perdiendo la sonrisa que jugueteaba en sus carmíneos labios constantemente. Habia leído en la inscripcion: ¡Duerme en paz, madre mia, tu hijo copiará tus virtudes!

Aquella señora que no habia pensado mas que en derrotar á sus rivales, aquella que aspiraba de continuo la atmósfera del aplauso: tuvo envidia de la pobre muerta que habia inspirado la inscripcion.

Desde entonces abandonó la vida de salon y se consagró á la educacion de sus hijos anhelando merecer la sencilla frase que tanto le impresionó.

Há pocas noches ojeando un libro de poesías encontré, en una preciosa oda á su Madre los siguientes versos de un poeta muy inspirado que pudiéramos apellidarle moderno Corialano de amor filial:

«Para mí, que fuera el mundo

sin tu sombra y sin tus besos,

sin los dulces embelesos

de tu cariño profundo!

¿Qué fuera? Dolor fecundo!

en otros nuevos dolores:

manantial de sinsabores

y de padecer contínuo;

largo y medroso camino

sin luz, sin aire, sin flores.

Madre, flor de rica esencia

que Dios concederme quiso:

puerto que feliz diviso

en el mar de mi existencia;

Nunca, nunca la conciencia

por tí me grite ofendida;

nunca dolorosa herida

por mí tu pecho taladre,

que al que le falta á una madre

debe faltarle la vida!»

¡Oh madres, de vosotras es el reino de la tierra!

Teneis conquistada vuestra libertad y con ella vuestros derechos.

Podeis practicar lo que os dicte vuestro corazón sin barrera alguna; podeis obrar obedeciendo vuestros impulsos sublimes, podeis purificar las costumbres y levantar las ideas, pues sois fuertes por medio de vuestro amor.

MARIA DE LA CONCEPCION JIMENO.

POBREZA Y FELICIDAD.

CONTINUACION.

—¿Teneis buena casa?

—¡Oh, si señora; una casita muy bella! mi padre ha nacido en ella hace ya muchos años; desde aquí la podeis ver; la puerta está entoldada por una parra que nos dá buenas uvas, y á la espalda hay un peral que tambien produce peras muy dulces.

Dionisia, al decir esto, me mostraba con su pequeño dedo su casa, comparándola con el palacio que yo acababa de dejar; pero la niña no conocía el lujo de las ciudades y hallaba su casita encantadora: ¡oh, ignorancia llena de dicha! yo sabia mas, y sufría tambien mucho mas!

—¿Es tan bonita tu casa por dentro como por fuera? pregunté á Dionisia sonriéndome.

—Es aun mas bonita, señora; tiene un gran lecho con cortinas azules, una artesa para guardar el pan, una buena mesa, un gran armario, una alacena y tantas sillas como personas somos nosotros, con cuatro de sobra, por si viene alguno á vernos, ademas, tenemos un espejo sobre la chimenea y algunas bellas imágenes pintadas de encarnado y puestas en sus cuadros; mi hermana mayor duerme en un cuartito oscuro

que hay al entrar en el patio; no es feo, sino que no tiene luz; mas, para dormir no la necesita.

—¿Y tú, dónde duermes?

—En la cama de mi hermana, entre el armario y la alacena: allí se está perfectamente, y no llega el viento de la puerta,

—¿Duermes bien?

—¿Pues hay acaso alguno que no duerma bien? ¡Cuando se ha estado trabajando todo el dia, se desea mucho la noche para dormir!

—Y no obstante, hija mia, yo conozco personas que duermen muy poco y muy mal.

—Eso podrá ser allá abajo, señora; en las grandes ciudades; mi padre dice que eso es porque tiene poco aire, porque no hacen nada, y porque piensan demasiado; yo respiro todo el aire que quiero; trabajo, me divierto, y no pienso en nada, por lo que, duermo como una marmota; mi hermana mayor se ve obligada á tirarme de los pies para despertarme.

—¿Tienes buen apetito?

—¡Yo! ¡Siempre me estoy muriendo de hambre! La siento así que salto de la cama; como, y al poco rato ya tengo gana otra vez; es cosa de nunca acabar!

—¿Y qué comeis en este pais?

—¡Oh! ¡Las cosas mejores del mundo! ¡Pan, leche, manteca, queso, coles, ensalada, patatas, budín, de todo! ¡Lo que se llama de todo! ¡Y nuestro pan es tan bueno! Mi madre es quien lo hace y yo la ayudo.

—¿Y amasais con frecuencia?

—Cada quince dias: y tan bueno es el primero como el último, solamente está un poco mas duro; pero en casa todos tenemos buenos dientes,

—¿Te agradan los vestidos bonitos?

—¡Ya lo creo, señora! Mi padre me ha comprado uno, muy lindo para la fiesta, y yo estoy muy contenta.

—¿Es bonita la fiesta de este pueblo?

—¡No hay nada que pueda serlo mas; figuraos que hay mercaderes que vienen á vender de muy lejos tazas de porcelana, cestos y cajas; hay una lotería, caballos de madera, un tiro de pistola para los hombres, un polichinela para nosotros los muchachos, y baile tres dias seguidos; mi hermana mayor dice que el baile es la cosa mas hermosa; á mí me gustan mas los caballos de madera, que dan tantas vueltas, y donde una se rie tanto!

—Cuando llega la fiesta del pueblo ¿comeis mejor?

—¡Oh, sí por cierto! Mi madre matará dos conejos y la gallina negra, que ya no pone huevos; además hará una torta, leche frita, dos tar-

tas, y para aquel día guardamos las peras del árbol, que asamos y comemos con azúcar.

—¡Gran festín! ¿Y después de ese día volvéis al trabajo con gusto!

—Sí señora, solo que yo tengo dolores en las piernas de tanto saltar; pero pronto se me pasan, ¿pensáis, señora, que yo no trabajo? pues tengo cuidado de las gallinas, recojo los huevos de las ponedoras, barro el gallinero y les doy de comer á los pollitos; ¿y los conejos? ¡no me dan poco que hacer! ahora tenemos tres madres y ocho pequeñitos, que harán cuatro meses á la luna nueva; yo me voy con el fresco á coger hierba para ellos á lo largo del camino y traigo dos delantales bien llenos, uno en las manos y otro sobre la cabeza; mi madre dice que yo seré una buena ama de mi casa; es preciso trabajar, porque Dios lo quiere así, y, si lo hacemos, nos recompensará allá arriba.

—Dionisia, tu esperas ir al cielo, ¿no es verdad?

—¡Oh, sí señora! el señor cura dice que esto no es difícil cuando uno no es rico.

—¿Eso dice el señor cura? ¿de modo que es peligroso el serlo y el estar ociosa?

—Creo que sí, según lo que el señor cura dice; yo por mi estoy muy contenta de haber nacido en mi casita, porque cuando se ha trabajado mucho arreglándola y luego en el campo, y se ha rogado bien á Dios el domingo en la iglesia, y todas las noches y mañanas un ratito al pie de la cama, se debe ir una muy tranquilamente allá arriba; y no es porque lo hayamos merecido con tan poco, sino porque Dios es muy bueno.

En tanto que la niña hablaba, escuchaba yo sus palabras con docilidad, como si en sus sencillos discursos hubiera oculto un alimento para mi espíritu enfermo; sin pensar en ello, habíamos dejado nuestros asientos á la orilla del camino, é íbamos andando hacia la estación, deseosa ella de acompañarme el mas largo rato posible; yo tampoco hubiera querido separarme tan pronto de ella; pero de repente la estación apareció á nuestros ojos; sólo teníamos para llegar á ella que atravesar el pueblo.

—Venid por aquí, me dijo la aldeanita señalándome á su derecha; por aquí llegaremos antes.

Yo la seguí; ¿y qué cosa mejor podía hacer? sabía ella muchas cosas que yo ignoraba; ya mi espíritu tranquilo se reconciliaba con la vida al contacto de una alma sencilla y llena de candor; para Dionisia las necesidades de la vanidad no existían; al lado de su cándida fe, de su pura felicidad, los sueños de las humanas grandezas palidecían y se alejaban.

—¡Ya vereis ahora una cosa muy triste! dijo de repente Dionisia con voz conmovida.

—¿Una cosa triste? le pregunté admirada, porque la alegría iba volviendo poco á poco á mi alma.

(Continuará)

Maria del Pilar Sinués.

EL JILGUERO.

(DEL ALEMAN)

Cuando el Mártir Soberano
en el Gólgota espiraba,
sintió que una cosa andaba
por la palma de su mano;
y á un pájaro, en su agonía,
vió que, en vez de abandonarle,
un duro clavo arrancarle,
con el pico pretendía;
sangre le cubre y no cesa,
y vuelve con nuevo ardor,
que salvar al Salvador
es su temeraria empresa.
Y entre el ansia que le abruma,
dijo Dios: «por tus bondades,
contemplarán las edades
manchas de sangre en tu pluma».

Del jilguero no te asombre
roja mirar la cabeza;
que es signo de su entereza
para salvar al Dios Hombre

Melchor de Palau.

OFRENDA Á LA VÍRGEN.

(Continuacion.)

Por fin se casó Antonio con Genoveva. Esta era la perla del lugar y la muchacha mas honrada de todo aquel partido. Con ella se mostraba Antonio menos humilde y sombrío, y sus padres, llenos de fe, lo esperaban todo de la constante dulzura y cariñosos cuidados de Genoveva.

Genoveva lo esperaba todo de Dios, por mediación de aquella que llamaba su Madre, la dulce María? Si algunas veces Antonio, mas abatido que de ordinario, se tendía en un paraje solitario, con el rostro oculto entre las manos, Genoveva tomaba su labor y se sentaba á su lado; con voz tímida entonaba una rústica canción; pronto levantaba el joven su cabeza, un rayo de dicha brillaba en sus ojos, y la madre loca de alegría, buscando á su padre, le decía al oído:

—La voz de nuestra hija es como el arpa de David; ahuyenta al espíritu maligno.

Mas si Genoveva, contenta con este primer triunfo, cantando dulcemente entonaba cánticos en alabanza al Señor, Antonio se levantaba bruscamente y fruncía las cejas; desmayaba Genoveva; y el padre decía á su mujer entristecida:

—Mujer, ya lo ves, lleva siempre la espina clavada en el corazón.

Pasaron en esto dos años; Antonio, ya padre, encontró para su hijo dulces palabras, miradas cariñosas, algunas veces una alegría estrepitosa, que con frecuencia se traduce por la felicidad.

Sentado á la puerta de su cabaña durante una hermosa tarde de verano, tendía los brazos al niño que corría hacia él guiado por Genoveva, y que por primera vez balbuceaba el nombre de su padre. Antonio, ébrio de gozo, colmaba de caricias á su hijo; los ancianos padres gozaban de su alegría, y la madre repetía:

—Alabado sea el Señor, gracias á Él nuestro Antonio es dichoso.

—¡Dichoso yo!... no puedo serlo... Este hijo es mi tesoro... pues bien, ya lo veréis, ¡Dios se lo llevará!

Y como si estas palabras hubieran sido una profecía, acometió al niño una súbita enfermedad, perdió en pocos días su alegría y frescura; no se animaba á la voz de su padre, ni las caricias de su madre mitigaban su continuo llanto. Alarmado Antonio, corrió en busca de un médico. Este examinó al niño, recetó varias medicinas; pero creció el mal, y nada podía la ciencia contra la mano de Dios.

Arrodillada delante de la cuna, Genoveva sostenía con una mano la cabecita de su hijo; con la otra tenía el rosario, y con los ojos ofrecía á la vez sus lágrimas y sus plegarias, Antonio se paseaba á pa-

sos precipitados, retorciéndose las manos, golpeándose la frente, y sentados en un rincón del cuarto sollozaban los ancianos.

Un gemido de Genoveva le llamó al lado de la cuna: el niño se agitaba con fuertes convulsiones: á este espectáculo, Antonio desesperado se marchó de la cabaña y volvió poco despues. «¡El médico rehúsa venir, dijo con amargura, no hay esperanza!... El niño debe morir... Me lo ha dicho, este hombre tiene un corazón de hierro... ¡a mí que daría mi sangre por salvarle!... Y arrojándose sobre la cuna cubría de ardientes lágrimas el frío rostro de su hijo.

—Antonio, dijo el viejo con autoridad, el que le ha dado la vida puede quitársela, y debemos someternos á su santa voluntad.

—Antonio, dijo con dulzura Genoveva, el que le dió la vida puede tambien conservársela... recemos,

—Reza tú que sabes rezar, gritó el joven, tú que amas y crees; reza, reza por mi hijo.

—Hijo mío, dijo la anciana madre, tú tambien rezabas en otro tiempo, y el cielo te escuchaba: Dios no ha cambiado.

—¡Pero yo sí que he cambiado; sí, yo he cambiado, madre!... ¡La voz de un pecador no puede subir al cielo!

—Querido Antonio, repitió Genoveva, el grito de un corazón lastimado, siempre es oído, vén con nosotros á prosternarte ante la Cruz.

Antonio se estremeció de pies á cabeza, sus cabellos se erizaron.

—Mujer, dijo con aspereza, ¿sabes lo que dices? ¿sabes lo que es la Cruz?

—Es el signo del perdón, respondió Genoveva.

—Sí, para los que perdonan. ¡Yo me he vengado!... La Cruz es para mí el signo de la venganza.... Yo le veo... veo todavia esa Cruz amenazadora; un desgraciado estaba á sus pies, la abrazaba, pedia perdón... Pero es un enemigo, es un traidor.... No importa; pedia la vida en nombre de aquella Cruz... ¡y la Cruz cayó nadando en la sangre de aquel desgraciado!... ¡esa sangre la vertí yo!... ¡esa Cruz la arrojé yo...

Los dos viejos lanzaron un grito de horror, Genoveva, pálida y sin palabra; cayó de rodillas.

—¿Que haces? dijo Antonio; mujer por qué rezas? ¿No te lo he dicho ya? No hay perdón!

Genoveva levantó hacia él sus ojos bañados en lágrimas, y por toda respuesta los volvió hacia su hijo.

—¡Hijo mío, hijo mío gritó Antonio: el crimen de tu padre cae sobre tu cabeza: yo soy tu verdugo!...

Pero Genoveva redoblaba su oración.... En la sencillez de su amor de madre y de su ardiente fé, opuso la inocencia de su hijo á la justicia armada contra el padre, y aunque ella viese el uno al borde de la desesperación, y al otro en la agonía, no cesaba de implorar para los dos la misericordia del que mata y hiere, del que perdona y resucita. La humilde oración siempre sostiene la esperanza: así es que llena de fé se levantó Genoveva.

—Iré, dijo á los ancianos padres, iré yo misma á llevar á mi hijo á los pies de María Santísima; la Madre de Dios rogará por mi hijo; la Virgen tendrá tambien piedad de Antonio. ¡El día que amanece será señalado por su misericordia!

—Que Dios te escuche, hija de nuestro corazón, dijeron los ancianos aflidos.

Sus miradas siguieron á lo lejos á la joven madre. Cuando ya no la veían comenzaron á rezar.

Antonio excitado por sus violentos arrebatos, había

caído en un abatimiento profundo, y no reparó en la partida de Genoveva.

Mientras tanto, abrigando en su pecho la cabecita de su hijo, reanimándole con su aliento, atravesaba Genoveva rápidamente los desiertos campos.

—¡Dios mío, decía, vuestro poder hace brotar el bien del mal! ¡Ah! volved la paz al alma del pecador... volved, volved la vida á mi hijo inocente. «¡Es tarde, le gritaba una voz interior, no es ya tiempo!» Mi mano apenas siente latir el corazón de mi hijo.... se revuelve en mis brazos.... ¡Es ya tarde! ¡no, no, nunca es tarde para invocar á María.

Y valerosa y firme apresuró su marcha y llegó al santuario. Llegó hasta la iglesia, asilo de paz y de celestial esperanza, en el momento en que el sacerdote, único guardian del santo lugar, acababa de abrir las puertas, y entonaba el *Angelus*, y la campana tocaba las oraciones. Una mirada le bastó para adivinar el profundo dolor de la madre.

—Tened esperanza le dijo, y todo lo alcanzaréis!

Genoveva corrió á arrodillarse á los pies de la Santísima Virgen, y explayó su alma en el seno de María; la Virgen dirigió sobre ella una mirada de bondad, y al mismo tiempo sintió estremecerse al niño. Pareció salir de un largo sueño, y murmuró, «¡Mamá ¡papá!» Genoveva respondió con un grito de felicidad.

Y la madre, elevando sus ojos hácia el altar, consagró la Santísima Virgen la sonrisa que le dirigió el niño: dejándose llevar por la alegría de su corazón, abrazaba al hijo de sus entrañas, daba gracias á la Virgen, miraba á su hijo, admiraba los colores de la vida que iba devolviendo á su rostro, y bendecía todavía á Aquella á quien nunca se ruega en vano.

Pero un doloroso recuerdo vino á calmar súbitamente la alegría de su corazón: «¡Antonio! exclamaba juntando las manos. ¡Virgen Santísima! no dejéis vuestra obra incompleta; Vos que salvais al hijo, salvad también al padre; haced que se arrepienta, concededle el don de la esperanza. Madre de misericordia, rogad á Dios por él.» Levantóse en seguida para marcharse: «¡Volveré en seguida, dijo, volveré en seguida!»

—Id, le dijo el anciano sacerdote, ojalá podáis hacer de manera que no vengáis sola.

Los dos pobres viejos esperaban llorando en su cabaña. De lejos les hizo Genoveva una señal de alegría; el niño los reconoció y agitó sus manecitas. Entonces el venerable anciano descubrió sus blancos cabellos y dió gracias al Señor, y la madre, olvidando el peso de los años, corrió á abrazar la primera á su nietecito.... Genoveva le detuvo dulcemente:

—Partamos esta dicha con Antonio; vamos juntos á presentarle á su hijo.

Seguida de los dos viejos, se aproximó al desdichado pecador.

—Levanta la cabeza, le dijo, mira lo que Dios ha hecho por tí: en prenda de su perdón, ha conservado á tu hijo!...

Antonio dió un grito, se deshizo en lágrimas y cayó de rodillas...

Los abuelos se miraron agitados por la esperanza y el temor; mas Genoveva daba gracias á la Virgen, y el chiquitín se aproximaba á su padre, sonreía al ver sus lágrimas y le tiraba del vestido.

Un mes despues de estos sucesos se celebraba una solemne misa en acción de gracias en la capilla del Bosque, y cuando la feliz madre se acercó á la sagrada Mesa no iba sola. El pecador convertido, cre-

yendo en la misericordia de Dios, compartía con ella el placer de la inocencia recobrada y de la santa Comunión.

—¿Qué puedo ofrecer yo á Nuestra Señora? decía Genoveva en su profunda gratitud; otros regalarían á la Virgen cruces de oro, corazones de plata, alhajas preciosas: yo le ofreceré mi aderezo de boda y los hermosos rizos de mi hijo.

La blonda cabellera cayó al golpe de las tijeras, las manos de Antonio la colocaron sobre el altar del santuario. Desde este día penetró la bendición de Dios en la casa, y con ella la felicidad.

R. P.

EL TRAJE DE COLA.

AL ENTRAR

EN EL MUNDO MIS HIJAS EMMA Y LIDIA.

Escuchad, que el caso es grave.

Hoy siento un pesar profundo
que el alma explicar no sabe,
porque *la cola* es la llave
que abre las puertas del mundo.

Veo á mis hijas gozar,
esas puertas al abrir,
y fascinadas soñar;
y yo, al mirarlas reír,
siento impulsos de llorar.

Mas ya la causa comprendo;
me entristezco, contemplando
como el tiempo va pasando...
¡Ay! ¡Las flores van abriendo
y el tronco se vá secando!

¡Hijas de mi corazón!
Ayer, todo era inocencia,
todo alegría, ilusión.
Mañana, con la razón
vendrá la triste experiencia.

Hoy, al jardín, olorosas
llegan esas flores pálidas,
frescos botones de rosas;
se trasforman las crisálidas
en pintadas mariposas.

Y abren su pecho á otro amor
que les robará la calma;
hoy nacen para el dolor,
que en la mujer, el candor
es la paz, salud del alma.

En su infantil devaneo
no ven que un peligro encierra
el mundo, que es su deseo;
al entrar en él, las veo
bajar del cielo á la tierra.

¿Quien las habrá de amparar?
En su inexperiencia solas,
¡cuanto tendrán que luchar
entre las revueltas olas
de ese proceloso mar!...

¡No! ¡Nave que al mar se lanza
y va de su rumbo en pos,
el puerto feliz alcanza!
¡Lleva de piloto á Dios
y por vela la esperanza!

Con el ejemplo incesante
la lección nunca es perdida;
tienen de espejo constante
á la virtud, en la amante
compañera de mi vida.

¿Y yo las he de perder?
¡Alma y corazón les dí!
No me puedo convencer
de que ellas han de querer
á otros hombres mas que á mí.

De sus plumas el calor
el ave guarda su nido,
y se estremese al temor
de que un alcon atrevido
vaya á robarle su amor.

Al final de mi jornada
no anhelo dichas, ni el oro;
sin ellas no quiero nada;
y sé bien que una mirada
me ha de robar mi tesoro.

¡Ley del alma! A la mujer
el hombre busca, la quiere,
le da ensueños y placer;
mas no le puede ofrecer
un amor que nunca muere.

Veo á mis hijas gozar,
é invadiendo el porvenir,
tiemblo y me pongo á pensar...
¡Por eso al verlas reir
siento impulsos de llorar!

Teodoro Guerrero.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.